

“La Región Antártica Famosa”

Por

Raúl AMPUERO

El “Yelcho” abandonó su fondeadero entre Picton y el islote Reparó, puso proa al Paso Richmond y enderezó rumbo hacia el Mar de Drake. Una vez más rehacía el camino que condujo a su antecesor, el escampavía del mismo nombre, hasta el reino de la leyenda.

Pese a la protección que nos brindaba el lugar, durante toda la noche nos había sacudido la furia del viento y el golpe de las olas. Al amanecer, todavía la cola del temporal azotaba las aguas, enturbiaba el horizonte y dejaba caer sus lágrimas de hielo sobre la cubierta. Desde Evangelistas, la radio anunciaba otra tempestad avanzando desde el poniente. Nuestro buque trataba de pasar por la breve brecha que quedaba entre las dos.

Tuvimos mala suerte. En vez de esquivar el mal tiempo, nos metimos en una borrasca de ímpetu redoblado, la peor que recuerda mi experiencia marinera. Así me incorporé a la operación de relevo anual de las Bases antárticas, a cargo de la Marina de Guerra, en una endemoniada ceremonia de elementos desatados, que aún recuerdo con sobresalto.

Valía la pena, sin embargo. En primer lugar, por el espectáculo: a medida que nos internábamos en el anillo de la Isla Decepción, o navegábamos a la cuadra de témpanos enormes, blancas cate-

drales, portaaviones blancos, u orillábamos la costa de la Tierra de O'Higgins, ingresábamos a un mundo de sueño, a ratos deslumbrante, a ratos tenebroso.

Pero no es tanto el paisaje físico el que viene a mi memoria hoy, en la tibieza de la noche santiaguina y en la seguridad de la tierra firme, sino la faena colectiva, sin pausa, tenaz y animosa, de oficiales, suboficiales y tripulantes, en el curso de aquellas largas semanas que conviví con ellos. En un paraje y en una época en que se disuelven las fronteras entre los días y las noches y una sucesión de lentos amaneceres y dilatados crepúsculos marca apenas el pulso del tiempo, el trabajo no tiene horario, la actividad no cesa, la fatiga está proscrita. Un par de horas de sueño y ¡a las máquinas, a cubierta, al puente! A los botes, a la playa; con el petróleo y los alimentos, los repuestos, los instrumentos, las herramientas. A cualquier temperatura, con cualquier ventolera, con cualquier luz. En la débil claridad de los semidías o las seminoches, los hombres de la Marina cumplen puntualmente la misión que otros completarán durante meses interminables, consagrando en cada tarea los derechos chilenos sobre el continente remoto.

La víspera del Año Nuevo enfilamos hacia la Base Arturo Prat. Allí esperamos el año que llegaba. Los tres buques acoderados uno junto al otro: El “Piloto

Pardo", el "Lientur" y el "Yelcho", sobre un mar casi congelado, parecían flotar en el silencio. Adentro, en cambio, se cumplía con el rito milenario: un puñado de chilenos aguardaba bulliciosamente la proximidad del minuto sagrado, tan propicio a las nostalgias. Hombres solos; sin parientes, sin mujeres. Extraños entre sí, pero fundidos en un espontáneo sentimiento de fraternidad, celebraban la fiesta tradicional del Año Nuevo, portador de la ventura. Casi en el mismo punto en que se había sumergido en el mar, al poco rato, el sol empezó a alzarse otra vez: primero de enero.

Los mismos buques surcan las mismas aguas en estos días iniciales de 1973, con otros navegantes a su bordo. Como

todos los años. Son el lazo más firme con "la región Antártica famosa". A ellos quiero presentarles mis respetos como compañero de avatares náuticos y también como leal devoto feligrés de la cofradía antártica, porque bajo la augusta invocación de Neptuno juré rendir el tributo de reglamento a la Espléndida Orden de la Orca y el Pingüino que oficia desde su sede oceánica en la Cámara de Suboficiales del AP. "Piloto Pardo", a cuyos venerables registros se incorporó mi nombre, navegando a 62° 30' de latitud S. y a 59° 41' de longitud W.

(Reproducido del diario "La Tercera de la Hora").